

EL DEPORTE COMO FENOMENO CULTURAL EN LA LITERATURA ESPAÑOLA

MAXIMIANO TRAPERO

El deporte no es, ni ha sido, como podría pensarse, tema sólo de periódicos, revistas especializadas o charlas entre amigos y compañeros de oficina. El deporte es, ha sido y, con toda seguridad, seguirá siendo una importantísima faceta de la vida social del hombre que se refleja y se archiva en todo lo que el hombre tiene como archivo de su acción. Y la literatura, la buena literatura, no ha sido nunca extraña ni ha querido desentenderse del deporte. Y ello por dos razones: porque la literatura es el primer y mejor testimonio de la vida social de una época y porque el deporte ha proporcionado a los autores literarios formidables epopeyas que narrar.

No hace falta recurrir, para comprobarlo, a los casos clásicos y conocidos por todos de un Píndaro que brinda en odas triunfales por los vencedores de las Olimpiadas, ni a Homero que poetiza la carrera de carros y el juego de la pelota, ni a Virgilio que universaliza a los héroes deportivos, ni a Horacio que canta a los vencedores. En nuestra propia literatura española tenemos muestras suficientes para proclamarlo; y no sólo en una época como la actual en la que parece que el deporte irrumpe con más fuerza que nunca en la vida social y que llena no pocas esferas de la actuación colectiva.

Lo que yo quiero hoy aquí es hablar del deporte, en genérico, como forma de liberalización del trabajo cotidiano, y no de la historia de tal o cual deporte; es decir, de una actividad «libérrima», como dice Ortega, que hace del hombre un ser con características distinti-

vas y que alguien, me estoy refiriendo a Huizinga, no ha dudado en denominarlo *homo ludens* y que desde entonces sirve también como calificativo diferenciador frente a los demás seres al lado de «zoon politicon», «homo sapiens», «homo loquens», «homo sociologicus» o «monus erectus». El deporte como ocupación que los hombres «buscaron y hallaron e hicieron muchas maneras de ellos para poder sufrir sus preocupaciones y trabajos cuando les viniesen porque toda manera de alegría quiso Dios que tuviesen», como ya en el siglo XIII decía el Rey Sabio.

Entendido así, el deporte constituye un fenómeno social y cultural de primerísimo orden al que la literatura y en general el arte no han sido nunca ajenos; de la misma forma que no lo es ya para la sociología, para la pedagogía, para el derecho o para la lingüística.

No diré que el tema sea desconocido, pero sí que insuficientemente valorado, y hasta quizás no bien comprendido y, desde luego, no lo suficientemente difundido. Sobre el deporte en la literatura se ha escrito algunas cosas, pero todas ellas muy parciales y referidas sólo o fundamentalmente a una determinada época o a un autor concreto. Falta aún, que yo sepa, un estudio de conjunto, pormenorizado y globalizador del hecho, que ponga en evidencia este fenómeno cultural y literario. Por ello se entenderá que mi pretensión aquí y ahora no es más, no puede ser más, que el intento de una aproximación general.

De forma tan temprana empezó siendo el deporte sustancia literaria que ya en el siglo XII, en nuestro primer gran monumento literario, en el *Cantar del Mio Cid* aparece la primera escena deportiva que podemos documentar en nuestra lengua:

«Los que ivan mesurando e llegando delant
luego toman armas e tórnanse a deportar»

se nos dice en los versos 1.513-1.514. La acción deportiva consiste aquí en «jugar las armas los caballeros para mostrar su destreza en ellas con ocasión de fiestas y regocijos» (que interpreta Menéndez Pidal); una especie de esgrima medieval tomada en juego como preparación para la guerra, la ocupación principal de los caballeros aquellos. Y a finales de ese mismo siglo (o quizás al comienzo del siguiente) en el poema de *Santa María Egipcíaca* se nos dice que ésta antes de convertirse pasaba todo su tiempo en «depuertos» bien placenteros.

En el siglo XIII podemos decir que las escenas deportivas son ya tan frecuentes en los textos literarios que no hay poema importante donde no se contengan: el juego de la pelota en el de *Apolonio*, los

caballerescos en el de *Alexandre*, el ajedrez en el de *Fernán González*, los juegos inocentes y populares en Berceo, etc. Claro que hemos de decir que el concepto del deporte existente entonces era bien distinto al de ahora y que entonces se aplicaba la palabra «deporte» o «juego» tanto a realidades físico-corporales, como a otras que de ningún modo en la actualidad tendríamos por tal: por ejemplo a las artes de los juglares, por ejemplo al paseo matinal a pie o a caballo, por ejemplo a las conversaciones amistosas, por ejemplo al descanso deleitoso, por ejemplo a las bromas y chanzas, por ejemplo a los placeres carnales. Y tenemos también en este siglo el primer libro dedicado íntegramente al tema del deporte, es el *Libro del ajedrez* o *Libro de los juegos* de Alfonso X que marca toda una filosofía del deporte que se va a repetir, casi invariablemente, hasta el siglo XVIII.

Seguidores inmediatos del libro de Alfonso X, son en la centuria siguiente: El *Libro de la caza*, de su sobrino el Infante Don Juan Manuel; el *Libro de la caza de las aves*, de López de Ayala, y el *Libro de la montería*, de Alfonso XI. A otro nivel, otro autor del siglo XIV, Juan Ruiz cita a lo largo de su obra un sinfín de juegos y de deportes, muchos de ellos con una significación connotativamente maliciosa afín a sus propósitos literarios.

El siglo XV pondrá de moda aparte de los deportes más aristocráticos de siglos anteriores, otros como las justas, los torneos, los juegos de toros, los juegos de cañas. Quién no recuerda los versos de Jorge Manrique

Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos?

En las *Crónicas* encontrará el deporte un lugar constante de mención y de tratamiento, lo mismo que en los primeros *Libros de caballerías* y hasta en el *Cancionero de Buena*. Pero por encima de todos hay un libro eminentemente deportivo para este siglo, es el *Vergel de los príncipes*, de Ruy Sánchez de Arévalo, precioso documento literario prácticamente desconocido.

Los siglos de Oro nos ofrecen dos vertientes claramente diferenciadas en el tratamiento literario del deporte. Por una parte la de los libros íntegramente dedicados al tema, bien de una manera condenatoria por los abusos a los que había llegado, bien recomendando su práctica como fuente de energía y de alegría. Estos debieron ser tantos que al decir de un autor, Cristóbal Méndez, «tiene uno más tra-

bajo si los quiere saber para aprendellos, que para alcanzar cualquier ciencia». Por citar alguno de ellos baste nombrar los *Diálogos*, de Luis Vives; *Discurso sobre el Libro de la montería*, de Argote de Molina; *Diálogos de la montería*, de Barahona de Soto; *Libro de la cetrería de las aves*, de Luis de Zapata; *Libro del ejercicio corporal y de sus provechos*, del citado Cristóbal Méndez; *El remedio de los jugadores*, de Pedro de Cobarrubias; *Tratado del juego*, de Francisco de Alcocer; *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, de Luque Fajardo; *Tratado contra los juegos públicos*, del Padre Mariana; *Días geniales y lúdicos*, de Rodríguez Caro; *El libro de la gineta*, de Bañuelos y de la Cerda; *Los juegos olímpicos*, de Salazar y Torres; *Farsa del famoso juego de la pelota*, de Calderón; *Viaje entretenido*, de Rojas Villandrando, etc., etc. Por otra parte, la de aquellos otros libros, sin ser con exclusividad deportivos, en los que el fenómeno deportivo y lúdico aparece con inusitada frecuencia. ¿Quién no recuerda la escena de *La Araucana* en la que los americanos eligen a su jefe para luchar contra los conquistadores españoles a través de una competición deportiva? ¿Quién no recuerda las innumerables citas de juegos y ejercicios pacíficos y saludables que Antonio de Guevara introduce en su *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*? ¿Quién no ha reído al leer esa extraña tabla gimnástica que Don Quijote queda haciendo en Sierra Morena, como penitencia remediadora, entre tanto Sancho lleva la embajada de amor a su señora Dulcinea:

«Y desnudándose con toda priesa los calzones, quedó en carnes y en pañales, y luego, sin más ni más, dio dos zapatetas en el aire y dos tumbos de cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que, por no verlas otra vez, volvió Sancho la rienda a Rocinante...» (*Quijote*, I, 25.^o)?

Porque no olvidemos que Don Quijote también fue deportista («gran madrugador y amigo de la caza», nos dice Cervantes en el primer capítulo, pero ocupación que dejó «cas de todo punto» por la lectura enloquecedora de los libros de caballerías) y que a lo largo de su historia convive y dialoga con verdaderos deportistas, por ejemplo don Diego de Miranda, por ejemplo los duques de Villahermosa.

El propio Cervantes, en el *Persiles*, hace una interpretación personal de los juegos olímpicos, de la misma forma que lo harán Rodrigo Caro en *Días geniales y lúdicos*, Salazar y Torres en *Juegos Olímpicos* o Góngora en las *Soledades*. Quevedo se burla de las extravagantes fórmulas matemáticas de esgrima de Pacheco y Narváez en *El Buscón*, Calderón habla de juego de la pelota en *El alcalde de*

Zalamea y lo mismo Gracián en *El Criticón*, y Lope de Vega nos relata unas justas y torneos en *Porfiar hasta morir* y unos juegos de toros en *El caballero de Olmedo*.

La literatura del Neoclasicismo poco nos brinda a este respecto en comparación a los siglos anteriores. Quizás sólo merezcan citarse a Nicolás Fernández de Moratín con su precioso poema *Fiesta de toros en Madrid* y otro libro sobre el origen de la fiesta de los toros en España y, sobre todos, a Jovellanos con una *Memoria sobre los espectáculos y diversiones públicas y su origen en España* en la que se queja del increíble olvido y abandono en que han quedado todas aquellas fiestas y diversiones públicas del pasado y pide al Gobierno haga una política eficaz de reconstrucción y dignificación de los espectáculos.

En el siglo XIX, el deporte va a sufrir un verdadero cambio en cuanto a su concepción, en su reglamentación y, como consecuencia, en el tratamiento literario. El siglo XIX es el siglo del nacimiento del deporte moderno, se crean las escuelas de gimnástica, se hace obligatoria la práctica de ejercicios físicos en escuelas y colegios, se hacen leyes sobre la educación física y se restauran los Juegos Olímpicos. El deporte se oficializa, se potencia, pero pierde en espontaneidad, en contenido; de ser un fenómeno cultural pasa a ser un hecho donde los intereses suelen ser ajenos e ir más allá, la mayoría de las veces, al propio deporte. El deporte gana en eficacia pero pierde en recreación que es lo que siempre distinguió al deporte. ¿Y todo esto tiene algo que ver y tiene alguna repercusión en la literatura? Pues sí y grande. Los autores que escriben sobre el deporte son ya más técnicos deportivos que literarios; el deporte se tecnifica y ya no todos los literatos, por muy diestros que sean en el manejo de la lengua, se atreven a hablar de algo sobre lo que no entienden del todo según las exigencias de la época y del tema. Aparecen, eso sí, referencias deportivas, pero ya más como pretexto que como tema; así en *La Regenta*, de Clarín, en donde don Víctor no deja de recomendar a su mujer, Ana Ozores, la práctica de ejercicios y de gimnasia que la librarán de tanta depresión; incluso él mismo es deportista teniendo como mayor afición la caza en las marismas en compañía de su amigo Frígilis. De igual forma, escritores como Perera, Gil y Carrasco, Pardo Bazán, etc., nos dejarán en sus libros muchas muestras de deportes y tradiciones lúdicas regionales. ¿Y de los autores románticos, en la lírica y en el teatro? Menos aún; a no ser que queramos considerar deportivas escenas tan poco higiénicas y edificantes como las de las partidas de cartas que aparecen en *El estudiante de Salamanca* o en el *D. Juan Tenorio* en tabernas bulliciosas y lóbregas.

Y llegamos al siglo xx. ¿Qué nos ofrece la literatura española de un tema como el deporte? En principio muchos nombres: Unamuno, Baroja, Ortega, Zunzunegui, Fernández Flórez, Jardiel Poncela, Camilo José Cela, Francisco Ayala, Aldecoa, Delibes, Gómez de la Serna, Gerardo Diego, Alberti, Jorge Guillén, Miguel Hernández, Dionisio Ridruejo, Manuel Alcántara, Celaya, García Nieto, Juan Goitisoló, Leopoldo de Luis, Federico Muelas... Y algunos títulos significativos: *Un partido de pelota*, *El perfecto pescador de caña* y *Sobre el ajedrez*, de Unamuno; *Chiripi (Historia bufo-sentimental de un jugador de foot-ball)*, de Zunzunegui; *El sistema Pelegrín (Novela de un profesor de cultura física)* y *Fútbol*, de W. Fernández Flórez; *Once cuentos de fútbol*, de Cela; *Neutral córner*, de Aldecoa; *Doce cuerdas*, de Fernando Vadillo; *Fiestas y Juegos de manos*, de Juan Goitisoló; *Hoy es fiesta*, de Buero Vallejo, etc., etc.

Es famoso el poema de Alberti titulado *Palko*, dedicado a un guardameta que fue del Barcelona C. F. allá por los últimos años 20; interesantes y graciosas las alusiones al mundo del deporte por parte de Jardiel Poncela (recordemos aquello de «han confundido la magnesita con la gimnasia» del final de *El sexo débil ha hecho gimnasia*); fundamental la caza deportiva en el mundo novelesco de Miguel Delibes; pero lo más lúcido que se ha escrito del deporte desde una perspectiva literaria en el siglo xx —claro que con una intencionalidad bien distinta al de una literatura sin condicionantes— se lo debemos a Ortega.

Su concepción —la de Ortega— del deporte como fenómeno cultural, como esfuerzo superfluo y libérrimo que se complace en sí mismo y que ha movido al hombre desde sus orígenes hasta la actualidad en la conquista de estructuras sociales cada vez más complejas, cada vez más perfectas, está en la línea de la tradición literaria española y conforme a los más modernos postulados sobre el hecho lúdico.

Pobre «deporte», pues, el que se toma por profesión y trabajo; y pobres «deportistas» los que se mueven por intereses e instintos ajenos al propio deporte. Su actividad es muy otra a lo que en esencia ha sido siempre el deporte. Y es que algo está cambiando en nuestra sociedad; la realidad ha superado una vez más a la lengua, porque o la palabra «deporte» no abarca ya a todas las manifestaciones que siempre se llamaban deportivas o muchas de éstas no corresponden a lo que en español ha sido siempre «deporte».

Porque ¿cómo se explica hoy lo que dice Huizinga?: «El juego es más viejo que la cultura, pues, por mucho que estrechemos el concepto de éste, supone siempre una sociedad humana, y los animales no han esperado a que el hombre les enseñe a jugar. Con toda segu-

ridad podemos decir que la civilización humana no ha añadido ninguna característica esencial al concepto juego».

Una cosa es, pues, el deporte actual (una parte del deporte actual) profesionalizado, especializado al máximo, convertido en industria que se comercializa, actividad preferente de una sociedad de consumo, que dirán unos, procedimiento alienatorio del hombre manejado con intención política, que dirán otros, actividad, en suma, propia para las crónicas periodísticas de actualidad, reflejo de un acontecer momentáneo; y otra cosa bien distinta es el deporte de siempre, la actividad «felicitaria» —que decía Ortega— que el hombre toma como medio de liberación de su trabajo cotidiano «por dar alegría al ánimo» —como decía Alfonso X—. De este segundo Deporte (con mayúscula) no se ha desentendido la literatura, la buena literatura, ni lo hará nunca. Y por lo que respecta a la nuestra puede afirmarse que una antología de la literatura española no sería completa si en ella no se incluyesen libros o páginas de tema deportivo; o, de otra forma, la historia del deporte a través de la literatura española nos revelará los nombres de los autores más famosos y que mayor gloria han dado a nuestras letras.